

## EL PACTO DE LA GRACIA DIVINA Y EL EVANGELISMO

Por Rev. Rienk Bouke Kuiper

Trad. Eduardo Algeciras

Cuando el hombre habitó el jardín del Edén, Dios le advirtió, bajo pena de muerte, que no comiera del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. (Génesis 2; 17). Ello implicaba que si permanecía en obediencia recibiría la vida eterna. Es lo es, sería levantado del peligro de pecar y de morir a otro estado en el que no podría pecar ni morir. Este convenio, si así puede ser llamado, se denomina el pacto de las obras. Este título no es sin embargo totalmente irreprochable, pues al hacer semejante arreglo estaba Dios obrando también según su pura gracia y amor inmerecido. Con todo, como existía la oportunidad de caer el hombre cayó, y en consecuencia se hizo tan depravado que de entonces en adelante la perfecta obediencia a Dios fue para él una imposibilidad. Apenas esto ocurrió. Dios proveyó un salvador que pagaría la pena en que el hombre había incurrido por su desobediencia, y le traería a aquella obediencia perfecta que tenía desde el principio. La cual era y continuaba siendo la condición para la vida eterna. Todo lo que Dios requería del pecador, a fin de participar de su salvación, era fe en el Salvador. Esto es, una fe viva, manifestada en obras de amor. Este convenio es comúnmente y acertadamente denominado el Pacto de la Gracia. El Pacto de la Gracia está implícito en el llamado proto-evangelio de Génesis 3; 15. Inmediatamente después de la caída del hombre. Dios habló a la serpiente diciendo: Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya: ella te herirá en la cabeza y tu le herirás en el calcañar". El mismo Pacto fue formalmente establecido por Dios con Abraham cuando le dijo: "Estableceré mi pacto entre tí y tu simiente después de tí, en tus generaciones" (Génesis 17; 7). Hay sin embargo pasos sucesivos en la revelación de este pacto. En otras palabras: Fue revelado progresivamente. Esto aparece claramente de la promesa dada a Jeremías 31: 31-34) la cual se aplica armoniosamente en Hebreos 8; 8-12 a la Iglesia post-Pentecostal. Esta promesa dice: "He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo Pacto. No como el Pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi Pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el Pacto que haré con la casa de Israel. Después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis leyes en la mente de ellos y sobre su corazón las escribiré. Y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y ninguno enseñará a su prójimo. Ni ninguno a su hermano diciendo: Conoce al Señor; porque todos le conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos.

Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo Pacto ha dado por viejo el primero y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer”. Aunque revelado en períodos sucesivos este Pacto de la Gracia es continuo por todas las edades. Abraza a los creyentes de todos los tiempos. “A los que por fe vienen a ser hijos de Abraham (Gálatas 3; 7). A los creyentes les dice: “Vosotros, si estáis en Cristo, la simiente de Abraham sois, y por tanto herederos de la promesa” (Gálatas 3; 29).

## El Pacto y la Elección

En un estudio sobre el significado del Pacto de la Gracia con respecto al Evangelismo, puede ser de ayuda referirse al Pacto en relación con el Decreto de Elección. La Teología Cristiana está compuesta, podríamos decir, por parejas de verdades complementarias. La doctrina de la Elección divina y la del Pacto de la Gracia forjan una de tales parejas. Se distinguen una de otra, pero va sin decir que no pueden anularse la una a la otra. Ambas son enseñadas. Indudablemente, en la Palabra de Dios, y la verdad nunca se contradice a si misma. Por eso es de gran importancia que sea reconocido su carácter complementario. La Elección tuvo lugar en la Eternidad ! El Pacto concebido en la Eternidad, fue establecido en el Tiempo, y administrado a través de la Historia. En la Elección, el hombre era totalmente pasivo, en el Pacto el hombre viene a ser activo. Ejerce fe activa en Cristo y, movido por esta fe, entra en una vida de obediencia y gratitud.

La Elección es monofacética o tiene un solo lado, el Convenio de Gracia es a la vez monofacética y duofacética o sea que tiene dos lados. Dios eligió a ciertos pecadores para la salvación. En ningún sentido se eligieron ellos a si mismos. Del mismo modo Dios estableció el convenio de la Gracia, no por mutuo acuerdo entre Dios y el hombre, ni con el consentimiento del hombre. El Pacto de la Gracia vino a ser por pura voluntad divina. Dios dijo en el jardín del Edén. “Enemistad pondré” (Génesis 3; 15) y también a Abraham dijo “Estableceré mi Pacto” (Génesis 17-7). Por lo tanto es mucho mejor definir el Pacto como una disposición de Dios en favor del hombre, que describirlo como un convenio entre Dios y el hombre. En el Nuevo Testamento, la palabra Pacto es *diatheke*, no *suntheke*. Este último término designa un pacto entre dos partes con iguales derechos. El primero expresa. en cambio, la disposición por una de las partes en favor de la otra. Por ejemplo un testamento el *diatheke* mientras que un contrato es *suntheke*. sin embargo, en la ejecución del Pacto entran las dos partes. Dios promete y manda, el hombre está bajo la obligación de querer y obedecer. La Elección determina Quienes tienen que ser salvos; el Convenio de la Gracia se refiere al modo de su salvación. Los elegidos son salvos por la fe de Cristo, quien satisfizo la justicia penal muriendo en su lugar en la cruz de maldición, y por su perfecta obediencia a la ley divina mereció para ellos eterna justificación. Este es el significado de lo que se llama obediencia pasiva y activa de Cristo en el plan de la salvación. En este aspecto lo único que los hombres pueden hacer es ejercer fe. Por fe se apropian a Cristo y a todos sus salvadores beneficios.

La Elección es totalmente incondicional. No fue condicionada a la fe y obediencia del hombre. Dios no escogió a los pecadores para la vida eterna sin que creyeran y obedecieran; tampoco escogió a ciertas personas porque creyó que creerían y obedecerían. El Pacto de la gracia, en cambio, es condicional e incondicional. La salvación es condicionada a la fe y a la obediencia. Todos los que creen en Jesús como Salvador serán salvos. Sin embargo esta misma condición está fundada en la soberana gracia de Dios. Antes de que la fe y la obediencia vengan a ser actos del hombre, son dones de Dios. La Biblia dice: “Por gracia sois salvos por la fe —pero añade— esto no es de vosotros sino un don de Dios”, y “somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2; 8-10). A veces oímos decir que mientras la Elección hace énfasis en la soberanía divina; el Pacto lo hace en la actividad de la responsabilidad humana. Esta afirmación padece de la tendencia de la mente humana a simplificar las cosas. Podemos admitir que contiene una parte de verdad; pero sería más preciso decir que, mientras que la doctrina de la Soberanía Divina hace fuerte énfasis en la Elección, es cuando también la acción humana está implícita en ella. La misma Soberanía Divina no es menos enfática en la doctrina del Pacto y la condición humana en ella implícitas. En el pacto de Gracia, Dios exige del modo más explícito fe y acción. Enfáticamente hace al hombre un instrumento de su ejercicio de la fe para así la práctica a su obediencia de forma activa y voluntaria. Es del todo correcto decir por eso; que en la Elección Dios consideró a los suyos como muchos individuos en quienes obrar y no como un organismo. Ellos son la generación escogida (1.Pedro 2-9). Sin embargo puede ser afirmado que en el Pacto la unidad orgánica del pueblo de Dios recibe mayor énfasis. Mientras que en la Elección se puntualiza el hecho de que Dios escogió a uno de dos hermanos gemelos, a Jacob, no a Esaú (Romanos 9; 10-12); la doctrina del Pacto enfatiza la verdad de que al impartir su gracia salvadora a los hombres, Dios ha ligado por lazos de sangre, por su misma gracia; a los que tiene en cuenta. El estableció un pacto con Abraham y su simiente después de él, en todas sus generaciones, para ser su Dios y el de sus hijos después de él (Génesis 17; 7). Tal como ha sido expuesto anteriormente, la Elección fue en un sentido real y verdadero, de carácter universal. Aunque Dios no decretó la salvación de todos los hombres tiene sus elegidos en cada nación y en cada periodo de la historia humana; por tanto debe darse por supuesto que la nota de universalismo es prominente en la doctrina del Pacto como lo es en la de la Elección. La Elección garantiza la salvación de algunos, no de todos. El Pacto de la Gracia afirma la salvación, no de cada individuo pero sí de la raza humana. Cristo es, en verdad, “El salvador del mundo” (1 Jn 4: 14). Es evidente de muchas maneras en la enseñanza escritural que el Pacto de Gracia complementa la enseñanza bíblica de la Elección divina. De este hecho pueden sacarse deducciones muy significativas acerca del Pacto en relación con el Evangelismo. A continuación damos algunas de estas deducciones, cada una de las cuales es especialmente bíblica.

## La actualidad de la Elección

Dios escogió a los suyos desde la Eternidad. En la Eternidad El decretó los que tenían que ser salvos. Del mismo modo en la Eternidad decretó el método y los medios para su salvación. Sin embargo, la salvación actual que los elegidos por estos métodos tiene lugar en el tiempo. Ahora, precisamente, estamos en lo que se llama el pacto de Gracia. A fin de que los elegidos puedan ser salvos, el Hijo de Dios se encarnó. Como mediador entre Dios y los hombres tuvo que sufrir la ira de Dios contra el pecado del hombre, después de rendir a Dios aquella obediencia que el primer Adán fracasó en dar. El hizo todo esto a fin de merecer la vida eterna para los elegidos. Sin embargo su salvación no fue hecha actual entonces. Los elegidos tienen que oír acerca de la obra salvadora de Cristo, lo que Dios hace por la predicación de su Evangelio. Y habiéndolo oído tienen que creer en Cristo como Salvador y Señor. Esto es cumplido por la benéfica aplicación del Evangelio a sus corazones por medio del Espíritu Santo. Sólo entonces son salvos. En resumen, su salvación actualmente es realizada por medio del Pacto de la Gracia. Es evidente, por tanto, que la predicación del Evangelio es un eslabón importante en la cadena de acontecimientos que constituyen la realización de la Elección. Y no sólo es un eslabón importante, sino indispensable. Los elegidos que mueren en la infancia y los elegidos que no llegan a tener razón, no entran en esta cuenta. Todos los elegidos de Dios son salvos por el Evangelio; ni uno de ellos puede ser salvo sin él. Por esto se dice “¿Cómo invocarán a Aquél en quién no han creído; y cómo creerán si no hay quién les predique? (Romanos 10; 14). En los capítulos precedentes ha sido dicho repetidamente, y con todo énfasis, que la Elección resulta en la acción Evangelismo. Ahora tenemos que afirmar con el mismo énfasis, que el Evangelismo es indispensable para la actual salvación de los elegidos de Dios. Es otro modo de decir que el pacto de Gracia y el Evangelismo son inseparables. El Evangelismo es inherente al pacto de gracia.

## El Universalismo y la separación

Cuando Dios estaba por establecer el Pacto de gracia con Abraham, lo separó, juntamente con sus descendientes, de los otros pueblos de la tierra. Dios le ordenó “Vete de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré” (Génesis 12; 1). Desde el principio de la historia Dios traza una clara línea de separación entre su pueblo elegido y el mundo. Permítasenos decirlo de una vez, que Dios no permitirá nunca que esta línea sea borrada, tiene que continuar con el tiempo y extenderse por la Eternidad. La antítesis entre los amigos y los enemigos de Dios es eterna. Sin embargo esto no es todo, Dios dijo a Abraham: “Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición.

Bendeciré a los que te bendijeren y maldeciré a los que te maldijeren' y serán benditas en tí todas las familias de la tierra. (Génesis 12, 2 y 13). Es bien claro, pues; que la separación de Abraham y sus descendientes no fue un fin en si mismo, sino un medio para un fin. El fin era que todas las naciones fueran bendecidas. El fin era universal. La misma lección es implícita en las profecías de aquel misterioso carácter que se llamó Balaam. Aunque era un enemigo de Dios, sin embargo, hubo de poner sus palabras en su boca. Mirando abajo desde una cima a los hijos de Israel acampados por el valle, el, hijo de Beor habló y dijo: "Porque de la cumbre de las peñas lo veré, y desde lo; collados lo miraré, he aquí un' pueblo que habitará confiado y no será contado entre las naciones" (Números 23; 9). Pero en su deducción final expresó aquella gran profecía mesiánica: "lo Veré más no ahora. Lo miraré mas no de cerca: Saldrá estrella de Jacob y se levantará cetro en Israel. Y los herirá, cantones de Moab y destruirá a todos los hijos, de Seth. Y será tomada Edom. Será tomada también por sus enemigos, e Israel se portará varonilmente. Y el de Jacob se enseñoreará y destruirá la ciudad y lo que de ella quedare" (Números 24: 17-19). Plantados por Dios en la tierra de Canaán el pueblo escogido parecía una ciudad amurallada. En el Oeste era protegido por el Mediterráneo; en el Norte por las montañas de Hermón y Líbano; al Este y al Sui tenía grandes desiertos. Hasta cierto punto Israel era un país aislado. Y sin embargo, Palestina era el lugar ideal para venir a ser un foco de influencia. Lo bañaba el Mediterráneo, que, como indica su nombre, era el centro del antiguo mundo. Estaba atravesado por las grandes carreteras de tres continentes, Asia, Africa y Europa: Difícilmente podía encontrarse un lugar más estratégico del cual la luz del Evangelio pudiera brillar a todas las naciones, y el resplandor del Cristianismo irradiar a todos los pueblos. Se ha dicho con frecuencia que Israel fue aislado del mundo, pero sería mejor decir que fue hecho una isla de bendición. Su aislamiento era el mejor medio para su universalismo. Del mismo modo que el cable eléctrico es aislado para que la corriente pueda alcanzar mejor su destino sin perderse en las circuitos, así el Pueblo escogido de Dios, fue separado de los pueblos paganos de la tierra para que en la plenitud del tiempo pudiera traer al Salvador del mundo, y proclamar su Evangelio a todos los confines del globo. En la presente Dispensación, también la separación es un medio para el fin del universalismo. El Nuevo Testamento está lleno de exhortaciones a la Iglesia para que salga del mundo. La misma palabra que se usa más frecuentemente designa a la Iglesia como ekklesia, que significa "llamado fuera ". Sin embargo, dirigiéndose a los miembros de su Iglesia, el Salvador dijo: "Vosotros sois la sal de la tierra" y "Vosotros sois la luz del mundo", (Mateo 5; 13-14) y para esto les nombró sus "testigos" hasta lo último de la tierra". La verdad es que esta separación para universalismo ha sido con frecuencia olvidada. Ha habido iglesias que han hecho énfasis en la separación a expensas del universalismo. Aún hoy día, en esta edad misionera, existen tales iglesias. Ellas impiden al mundo invadir la Iglesia, pero también previenen a la Iglesia de invadir al mundo. Insisten mucho en que sólo la pura Palabra de Dios sea predicada desde sus pulpitos; pero fallan en el propósito de predicar ellos el verdadero y puro Evangelio a los que más lo necesitan. Tratan de edificar a los santos en la fe, pero no tratan de persuadir a los no salvos a esta. Vanagloriándose de su ortodoxia, son víctimas de su ortodoxia.

Tales iglesias son decadentes, y si no se despiertan y ponen atención a la voz de clarín del Rey y Señor de la Iglesia, que les ordena proclamar el Evangelio a los de fuera, tarde o temprano caerán en el sueño de la muerte. Por el otro lado, también es verdad que la separación para universalismo ha sido mal interpretada. No pocas iglesias enfatizan el universalismo a expensas de la separación. Aunque parezca extraño tienen más interés en traer el Evangelio al mundo que en guardar a la iglesia de la mundanidad. Envían un número de misioneros considerable a los paganos, pero al mismo tiempo el cáncer de la mundanidad se esparce entre sus propios miembros, y nada hacen para impedirlo. No comprenden que una iglesia mundana no puede continuar por largo tiempo siendo verdaderamente una iglesia misionera. Invariablemente la corrupción del mensaje evangélico vendrá mano a mano con su mundanidad. A menos que se arrepientan, tales iglesias, tienen que degenerar en sinagogas de Satanás.

### El pacto de los hijos y los extraños

Los hijos de los creyentes, así como sus padres, están incluidos en el Pacto de Gracia. Esto es una clara y prominente enseñanza de la Escritura. Dios estableció su pacto con Abraham y su simiente, (Génesis 17-7) y en su sermón de Pentecostés Pedro dijo a su auditorio, predominantemente de judíos: “P ara vosotros es la Promesa, y para vuestros hijos (Hechos 2; 39). Sin embargo la continuación del Convenio de generación en generación, no es algo automático. Los hijos no heredan la gracia salvadora de sus padres creyentes como heredan sus bienes mundanales. No es una continuación sin excepción, Algunos de los hijos de los creyentes, son quebrantadores del Pacto. En la continuación de su Pacto de padres a hijos, Dios quiere emplear medios y los medios son la educación cristiana. Sólo si los padres cristianos educan a sus hijos en el camino en que deben andar, tienen derecho a esperar que no se apartarán de él cuando sean viejos (Proverbios 22: 6). Aunque parezca extraño, hay cristianos profesantes que de un modo muy considerable, sino del todo, descuidan la educación religiosa de sus hijos. Fallan en proveerles la instrucción en el hogar y en la iglesia. Ni les llevan a la Escuela Dominical, ni se les ocurre enviar a sus hijos a una escuela diaria cristiana. Sin embargo, por raro que parezca, estos padres muestran a veces gran celo para el evangelismo de los extraños. Tales padres se parecen a un matrimonio que quisiera educar a los hijos de sus vecinos necesitados, pero olvidara proveer a las necesidades de su propia casa, o usando otra ilustración, son como el general que invadiera un país extraño sin guardar su base de operaciones en la propia tierra. Si todos los padres cristianos siguieran tal ejemplo, muy pronto no habría misioneros para enviar a los gentiles. Por el otro lado, hay también creyentes que se concentran en la educación de los hijos del Pacto hasta tal punto, que toman poco o ningún interés en evangelizar aquellos que están ajenos a los pactos de la promesa como dice Pablo a los gentiles: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa” {Efesios 2; 12}.

Tales creyentes merecen también ser reprendidos porque tienen una visión demasiado restringida del Pacto de la gracia Dios tiene sus elegidos en todo país y en cada edad, y los conoce a todos. Les ha dado a su Hijo, y El cuidará que ninguno de ellos se pierda. Cristo los cuenta entre sus ovejas, pues dijo a sus primeros discípulos: "También tengo otras ovejas que no son de este redil, a ellas también me conviene traer y oirán mi voz y habrá un rebaño y un pastor" (Juan 10-7). Porque Dios los cuenta como su pueblo, anima a su servidor Pablo, en Corinto, la ciudad impía, aparentemente apartada de Dios, diciéndole: "No temas, sino habla y no calles" pues yo tengo mucho pueblo en esta ciudad (Hechos 18; 10); En su sermón de Pentecostés, Pedro declaró a sus oyentes judíos que la Promesa era, no solamente para ellos y para sus hijos, "sino para los que están lejos; a todos cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (Hechos 2: 39). Por todos los siglos Dios ha dado esta promesa. "Y ocurrirá que en el lugar donde les dije no sois mi pueblo, serán llamados pueblo del Dios viviente." (Oseas 1 ; 10, Romanos 9; 26). Esta promesa aún permanece, y el Señor Jesús la confirmó con una severa advertencia a los hijos del Pacto, con respecto a los extraños, cuando dijo: "Vendrán muchos del oriente y del occidente y se sentarán en la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el Reino de los Cielos, y los hijos del Reino serán echados en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mateo 8; 11 y 12). ¡Cuán clara es esta declaración y cuán evidente ! Doquiera que el Evangelio es proclamado, allí está el Pacto. La Iglesia es de cierto, el bendito recipiente de las misericordias de Dios en el Pacto; pero es asimismo responsable a otros para la obtención de estas misericordias. Tanto como la propia instrucción y salvación de los hijos del Pacto, es el suyo un deber pactado en favor de otros también.

#### El convertido y su casa

Cuando el carcelero de Filipos inquirió que tenía que hacer para ser salvo, Pablo y Silas le respondieron: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tu y tu casa" (Hechos 16; 31). ¿Qué querían decir al carcelero al declararle que su casa también sería salva? Debían los apóstoles tener en mente uno de los más consoladores aspectos del Pacto de Gracia; que Dios ha prometido ser el Dios, no solamente de los que creen, sino también de sus parientes según la carne. Qué estímulo es esto para buscar almas que, como el carcelero crean el Evangelio; pues sabemos que su fe traerá la salvación de sus parientes más próximos: de sus hijos, y aún de generaciones futuras. Sabemos que el que predica el Evangelio, no solamente puede tener la seguridad de que Dios tiene su pueblo, y Cristo sus ovejas, en los lugares más inesperados, y que estos tarde o temprano creerán al Evangelio; sino la seguridad de que cuando Dios empieza la buena obra en el corazón de un padre o madre la continuará en el de sus hijos. Impartirá su gracia salvadora aún a los hijos de sus hijos en generaciones lejanas de la misma familia. Por tanto, puede esperarse que cada conversión traerá nuevas conversiones, y la simiente del Evangelio que es sembrada hoy, continuará trayendo fruto, y fruto en abundancia, por siglos y quizá por milenios.